TEATRO / 'IQ.100'

Sin pulir

IQ.100

Dramaturgia y dirección: Ferran Audí. Intérpretes: Raimon Molins, Jordi Cortés, Héctor Mas. Escenografía: Ferran Audí, Bàrbara Glänzel, Tempus Fugit. Iluminación: Oriol Freixenet. Teatre Estable de Catalunya (carpa del Poble Espanyol). Barcelona, hasta el 20 de marzo.

BELÉN GINART

El Teatre Estable de Catalunya (TEC), instalado en la carpa del Poble Espanyol de Barcelona desde el pasado mes de noviembre, aborda su tercer espectáculo con la adaptación teatral de *Flores para Algernon*, un relato breve del psicólogo Daniel Keyes convertido luego en novela por el propio autor y que más tarde dio origen a una película, *Charly*, dirigida por Ralph Nelson. Ninguno de estos datos figura en el programa del espectáculo, pero la historia que en él se cuenta no ha variado respecto a sus referentes literario y cinematográfico.

Sí ha habido, sin embargo, un encabalgamiento de escenas y una reducción en el número de personajes: en realidad, el grueso de la función lo asume Raimon Molins, muy entregado en su papel de chico con inteligencia limitada que, tras servir de conejillo de Indias a un grupo de científicos, consigue incrementar exponencialmente su cociente intelectual, aunque es víctima de los riesgos de todo experimento. Molins se convierte al mismo tiempo en protagonista y narrador. El formato de diario en que está escrito el relato original propicia la convención teatral, pero en algunos momentos el monólogo resulta un tanto farragoso y las elipsis provocan cierta confusión en la narración de la obra. La sensación resultante es la de un buen intérprete que parece cargar con un fardo excesivo, con el peso de una dramaturgia sin pulir, cuyos goznes no acaban de estar bien encajados.

Entre las líneas fundacionales del TEC figura la producción de espectáculos multidisciplinares, y en ella se inscribe la participación en la obra del bailarín y coreógrafo Jordi Cortés, que incorpora diversos personajes pero siempre desde el movimiento del cuerpo, sin utilizar la palabra en ningún momento. Pese a su imponente presencia escénica, la exquisitez de sus movimientos y la fuerza con que dibuja al padre del protagonista, no acaba de encajar en el espectáculo, como si se hubiera querido forzar la interacción de lenguajes sin saber muy bien por qué ni cómo. En la esencialidad a la que juega el montaje parece innecesaria la presencia de un tercer personaje también silencioso, interpretado por Mas, metáfora de la banalidad de muchos comportamientos humanos. Pero a pesar de las carencias y los excesos, la calidad y la entrega de sus intérpretes aligeran la hora y tres cuartos de duración de la obra.

BLUES / John Lee Hooker hijo

Sorpresas agradables

John Lee Hooker hijo.

Teatro Poliorama. Barcelona, 14 de marzo.

MIQUEL JURADO

La nocturnidad musical barcelonesa encierra pequeñas sorpresas para las que, a veces, cuesta encontrar explicación. Mientras que conciertos de indudable atractivo funcionan a medio gas, nombres desconocidos logran llenos apoteósicos.

Los hermanos Mas han iniciado una temporada de conciertos en el teatro Poliorama y el primero de la tanda ya consiguió anteanoche el tan buscado llenazo. Se trataba del hijo del gran John Lee Hooker. Un cantante que lleva el nombre de su padre, pero que es un desconocido en España. Pues bien, pese a ello, John Lee Hooker hijo llenó el Poliorama. Inicialmente cabría pensar que se trataba más del tirón de los hermanos Mas que del propio músico, pero esa razón cae por su peso si se tiene en cuenta que el día anterior, por ejemplo, una luminaria del jazz actual como es el trompetista Wallace Rodney ofreció dos sesiones en el Jamboree, la primera ante un centenar de seguidores y la segunda casi solo.

En conclusión, lo que probablemente atrajo a tanto público al Poliorama fue el *blues* y tal vez la idea de un *blues* servido en formato de concierto sin los inconvenientes (y atractivos) de los pequeños clubes. Tanto da. El público estaba allí y la banda de Hooker ofreció una sesión magnífica. Eso sí, en un escenario cuando menos peculiar. Dado que no era posible desmontar los decorados de la obra que se representa en el teatro, los músicos tuvieron que acomodarse a ellos y a las luces teatrales. Un contraste que poco a poco se convirtió en un atractivo más.

John Lee Hooker hijo tiene una buena voz y domina las tablas. Sabe moverse con aire barriobajero y poner en movimiento al público y hasta es capaz de bailar de forma desmanejada. Una voz puesta al servicio de un repertorio bien seleccionado que iba de lo más tradicional a lo más *funky* y en el que las palabras sobraban para dejar que la música marcase su ley. Hooker dominó el escenario, pero su guitarrista, Jeff Horam, fue el que ofreció los mejores momentos empalmando solos de gran profundidad.

En resumen, un cúmulo de sorpresas agradables que deberían hacer reflexionar sobre la necesidad de ofrecer más conciertos como éste en teatros. El público lo agradecería.

LA LIDIA

El Cid se cierra la puerta grande

Ymbro / Finito, El Cid, Perera

Toros de **Fuente Ymbro**, bien presentados, excepto el 2º, que bajó mucho. Encastados y nobles. El 5º, ovacionado en el arrastre. **Finito de Córdoba:** casi entera trasera y caída *(saludos)*; media corta *—aviso—* y descabello *(saludos)*. **El Cid:** estocada habilidosa *(oreja)*; dos pinchazos y entera muy baja *(vuelta)*. **Miguel Ángel Perera:** entera trasera *—aviso— (oreja)*; *—aviso—* entera *(saludos)*.

Plaza de Valencia, 15 de marzo. 4ª de feria. Media entrada.

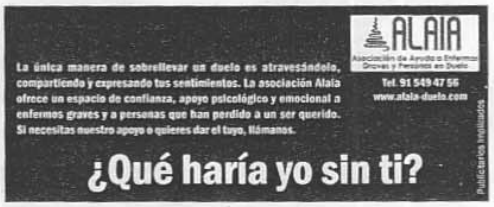
VICENTE SOBRINO, **Valencia**

La tenía en sus manos. Y bien asegurada. Pero hasta el final todo es toro. O lo que es lo mismo, hasta el final nadie es feliz. Y El Cid, que pudo serlo más que nadie, se quedó compuesto y sin puerta grande. Todo por ser timorato a la hora de matar al quinto de la tarde. Gran toro, ese quinto. Con 600 kilos cumplidos, una verdadera mole, pero con fijeza, prontitud y nobleza. Tampoco sobrado de fuerzas, pero las suficientes para soportar una faena densa y de buen metraje. Algo pagajosillo al principio, templó su embestida una vez El Cid se centró. La faena tuvo dos partes. Una primera más pellizcada. Y una segunda, siempre sin obligar demasiado, en la que ya con el toro descolgado se acompasó sobre la mano izquierda. Labor creciente. Tanto del toro como del torero. Y final grande con un Cid tan descarado como pletórico. Lástima la falta de decisión al matar. Se esfumó el premio.

Recompensa

Sí hubo recompensa para El Cid con el segundo, un impresentable toro que se coló de rondón en corrida de tan buen corte y remate. Toro encastado y venido a más, tras derrumbarse una vez y perder las manos otra. Abierto de compás, El Cid lo aprovechó por su cálido pitón izquierdo. Bien dibujada la faena por ese lado, mantuvo el tono en la postrera serie con la derecha.

Perera sorteó dos toros de distinto corte pero con muchas posibilidades. El tercero, que soportó un primer puyazo muy duro, tuvo son por los dos pitones. Y dejó estar. La faena de Perera, con mejor control cuando toreó con la derecha, no cuajó al natural, por donde esa labor pareció partirse algo. Los efectos finales la recompusieron.

El toro que cerró la corrida fue rico en matices. Derribó en varas, se enceló bajo el peto, escarbó en banderillas, empezó rebrincado y fue pronto en la muleta. También exigió. Tuvo actitud Perera con él, aunque no terminó de ordenar una faena valerosa, pero algo amontonada.

El primero de la tarde anunció lo que sería el conjunto de la corrida de Fuente Ymbro. Superada la fase de flojera, se convirtió en toro notable. Finito aportó llamativa arquitectura a una faena de buen concepto, pero sin mayor compromiso. Con el cuarto mantuvo una pelea frenética. Y eléctrica. Con el toro algo defensivo, también impetuoso, un Finito acelerado impuso su autoridad con vistosa picardía.